

HISTORIAS DE UN DIOS MENGUANTE



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*Primera edición: junio de 2011*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Imagen de la cubierta: *Faro*, de José Mateos

© José Mateos, 2011

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www-pre-textos.com](http://www-pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-28-4 • DEPOSITO LEGAL: M-29582-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

ALEXIS Y LA RAZÓN HISTÓRICA



En las ventanillas de la furgoneta, él y Armand habían colgado toallas para poder dormir. Eran las once y media de la noche y unos destellos luminosos lo despertaron de un sueño en el que se había visto paseando por la playa de Etretat, bajo la lluvia, un día inestable de primavera. Camino del pueblo había corrido hacia los acantilados y se había refugiado de la tormenta en aquella caseta de vigilancia que había desaparecido por lo menos quince años atrás. Al final de ese sueño, ya en el pueblo, en una azotea, había divisado la silueta de Geneviève y, antes de llegar, ésta se había descompuesto y trastornado, desvaneciéndose como una cruz dibujada en el vaho de un cristal.

Ese día, él y Armand habían estado conduciendo durante toda la jornada; habían tardado casi dos en cruzar España y, cerca de Écija, se habían quedado sin gasolina y un camionero, anudando una cuerda al parachoques, los había remolcado hasta la gasolinera más cercana. Al llegar a Algeciras, habían buscado el puerto, que encontraron sin dificultad, y viendo que aún tenían tiempo, habían decidido descansar un rato en una zona aparte, reservada para materiales de desecho, con la furgoneta escondida detrás del esqueleto de un coche-grúa, entre maquinaria desvencijada y cuarenta o cincuenta bidones inservibles.

Ahora, al despertarse, Alexis se sentía peor que cuando llegaron, con el cuerpo entumecido y dolor de cabeza, como si le

hubieran propinado una paliza. La imagen de Geneviève y de las playas de Etretat, con sus acantilados y sus barcas meciéndose bajo la lluvia, todavía se le confundía con la realidad. Y la realidad era —ya no cabía duda— esa irrealidad: los ruidos y los focos fluorescentes de un puerto extranjero, el pitido de las alarmas, la furgoneta sucia y aquella sensación conocida de peligro.

Su última acción. Eso le había dicho a Roullien antes de que éste les explicara el plan sin entrar en muchos detalles. Que ésta iba a ser su última acción. Habían sido más de diez años en los que él había visto a la organización nacer, crecer, tambalearse, salir de nuevo a flote. Ahora estaba cansado e indeciso. Sólo quería vivir tranquilo. Roullien tenía que comprenderlo. Eso era todo.

Mientras pensaba en eso, le sobresaltó el chirrido de una plataforma. Abrió un ojo y comprobó la hora en el reloj del salpicadero. Dijo:

—Ya es la hora.

A su lado, Armand se desperezó con ganas y miró hacia delante.

—Pues vamos.

Alexis retiró las toallas de las ventanillas, empujó la palanquita para adelantar el asiento algunos centímetros y comprobó la posición del espejo. Una neblina luminosa empañaba el cielo y pequeñas embarcaciones cabeceaban sobre el agua punteada por unas farolas tristes. Puso en marcha el motor.

En medio de un movimiento incesante, que no se correspondía con la falta de personal, vio gaviotas desveladas sobrevolando los contenedores y los mercantes, y al otro lado del muelle, a lo lejos, entre los huecos de la valla metálica, los edificios de la ciudad, con anuncios de neón a los que le

faltaba alguna letra luminosa: SUMINISTROS NAVALES, OFICINA DE CAMBIO, HOTEL PARAÍSO.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó.

—¿No voy a estar seguro? “La puerta de entrada de los camiones de gran tonelaje”—Armand repitió en voz alta la instrucción de Roullien. Se restregó un ojo y bostezó con los brazos en cruz. Encendió un cigarrillo—. ¿Es ésa, no?

Alexis detuvo la furgoneta a unos diez metros de la puerta de entrada. A la derecha, una luz fluorescente salía de una caracola adaptada como oficina. De vez en cuando, la sirena de un coche de policía se sumaba a los sonidos de la noche, alejándose.

Paró el motor y apagó las luces. Las sirenas seguían inundando la oscuridad con ráfagas destellantes.

Después de esperar unos cinco minutos, dijo:

—Esto no me gusta.

Pero pensó: es una trampa.

Se oyó de nuevo el aullido azulado de una sirena de policía que recorría el paseo marítimo.

—Voy a ver si hay alguien en la oficina —dijo Armand.

En ese momento, un tipo con un mono grasiento y un chaleco reflectante salió de la caracola y abrió la verja. Se acercó a ellos.

—Por aquí. —Y se subió a una máquina *fenwick* que les fue abriendo camino entre columnas de contenedores de muchos colores, enormes, de quince o veinte metros de altura cada una. En el cruce de dos calles la *fenwick* se detuvo. El conductor les indicó que colocaran la furgoneta lo más cerca posible y, después de abrir uno de los contenedores, señaló con una linterna las tres cajas de madera. Miraba a un lado y a otro.

—Pesan como un muerto —comentó Alexis en voz baja.

—Como un muerto —corroboró Armand.

Por Despeñaperros, después de cruzar varios pueblos soñambulos y mal iluminados, la niebla, que les había acompañado desde que dejaron atrás Sevilla, se fue despejando.

En el asiento de al lado, Armand había vuelto a dormirse. Se le notaba un tic en el párpado derecho que no podía controlar. Respiraba con regularidad y, de vez en cuando, contenía la respiración y cambiaba de postura. Alexis lo examinó y repasó sus rasgos como si los viera por primera vez. Se preguntó si a él también se le habría puesto esa cara con los años: dura y desagradable. Cara de pescado muerto, pensó. Era algo que últimamente le rondaba por la cabeza. ¿De qué le habían servido todos aquellos años? ¿De qué los cambios de domicilio y los pasaportes falsos, las citas clandestinas, los comunicados en clave, los coches robados? Delante de Roullien o de Armand no se hubiera atrevido a plantearlo. Pero con Geneviève era diferente. Antes de que Roullien asumiera la dirección, Geneviève había sido su compañera habitual. Juntos habían viajado y aguantado muchas noches en vela, apostados en un coche o vigilando la puerta de un edificio a medio iluminar. Una tarde, Geneviève había querido saber si también él estaba cansado y tenía sus mismas dudas. Fue al poco de empezar a vivir juntos.

—¿En qué nos hemos convertido? —le había dicho en el piso de Saint-Julia-de-Bec, mientras esperaban órdenes—. ¿Te lo has planteado alguna vez?

Y él le había respondido que cuando fueran libres y todo fuese más justo, entonces habría tiempo para pensar en esas cosas.

—Pero eso es injusto.

—Es así.

—Ya, tú eres un tipo duro.

—Bueno, se hace lo que se puede.



Y después, levantándose para coger una cerveza, le había soltado lo de siempre:

–¿Lo has olvidado? Luchamos por un futuro mejor. Por el obrero que gana cuatro perras, por el hijo que llevas dentro... Yo qué sé, coño, por todos.

–¿Seguro?

–Seguro –le había dicho él encogiéndose de hombros.

La furgoneta sorteó, como pudo, algunos socavones embarrados y llegó hasta una venta con dos o tres mesas de piedra alrededor, unos bancos hechos con troncos de árboles cortados por la mitad y algunas barbacoas rústicas, también de piedra. Todo en un estado lamentable, con basura que llevaba meses allí.

–Armand.

Armand levantó un párpado al sentir que la furgoneta se detenía. Y echó mano a la *Marietta*, que reposaba a su lado.

–¿Desayunamos aquí?

Armand miró por la ventanilla y se despezó.

Al salir de la furgoneta, las estrellas, cada vez más pálidas, se iban hundiendo en un cielo suave, como hecho de papel de seda. Amanecía.

En la venta, una prostituta desfigurada por el alcohol increpaba a las imágenes de la televisión y había varios hombres escacharrados y silenciosos bebiendo aguardiente. Ellos se situaron en las dos banquetas de la esquina, dieron una palmada en la barra, hicieron un gesto al camarero y pidieron café y tostadas.

–¿Has visto cómo viven? Como animales –dijo Armand, restregándose los ojos.

–Nosotros no estamos mejor –respondió él.

Les sirvieron los dos cafés. Armand volcó el sobrecito de azúcar y probó el suyo. Al sacar el paquete de tabaco, a Alexis se le cayó una fotografía pálida y cuarteada.

—¿Sigues pensando lo mismo? —preguntó Armand señalando con la cabeza a la fotografía.

Alexis se agachó para recogerla.

—¿Tú qué crees? —respondió.

Armand se encogió de hombros y estiró los labios. Paseó los ojos por el interior de la venta, como dándole a entender que se equivocaba. Había tras el mostrador un muestrario de llaveros, encendedores y navajas. Sobre la televisión encendida, vio una corneja disecada y cochambrosa. En una jaula de hierro, un reclamo de perdiz picoteaba los barrotes y daba vueltas sobre sí misma.

—¿No os vais a separar? —le preguntó.

—No.

—Pues deberías hacerlo. Te lo advierto

—¿Por qué?

—Mierda, ¿por qué? Porque la cosa no está para que nos dejes ahora. Y porque Geneviève es de las que no paran hasta que te convencen.

—A mí nadie me tiene que convencer —dijo Alexis.

—Claro, porque ya lo han hecho.

—¿Tú que sabes?

—Yo lo que sé es que el hombre en cuanto se casa, se acabó. Pone a su familia por encima de los Ideales y se convierte en un burgués de mierda.

—Ya. ¿Por qué lo dices?

—Porque es así. ¿No ves cómo acaban todos?

—Ya.

Armand levantó la mano para llamar al camarero y le señaló una botella de aguardiente.

–Y el niño, ¿qué edad tiene ahora? –dijo con indiferencia, mirando la tele y bebiéndose el aguardiente de un trago.

–Cuatro o cinco debe de tener.

–¿Y ella qué tal?

–¿Geneviève? Dice que no sirve para ser madre.

–Bueno, es lo que quería ¿no? –Y se levantó para ir al servicio.

Salieron de la venta ya de día. Poco antes de llegar a Irún pararon en el arcén, entre unas retamas, para ocultar la *Marietta* de Armand en el mejor sitio que encontraron: debajo de la furgoneta, pegada con cinta adhesiva entre las cuatro ruedas. Alexis abrió la guantera y guardó la pistola que llevaba pegada al costado.

Llovía cuando divisaron las barreras y los puestos fronterizos. Alexis había girado la manivela para cerrar la ventanilla y accionado el limpiaparabrisas. Enfrente, bajo una cortina de lluvia, adivinó las cabinas de los policías, diminutas y brillantes.

–Ya estamos.

Un rato después, dos bultos oscuros situados en mitad de la carretera hacían señales con una linterna para que los coches se detuvieran en la explanada contigua a la cabina de control.

–¡Mierda! –exclamó de forma desabrida mientras bajaba la ventanilla.

Los guardias civiles estaban enfundados en sendas capas verde ceniza. Uno de ellos, con el rostro empapado, se inclinó hacia la ventanilla y se tocó el filo del tricornio con los dedos. Les señaló las oficinas mientras dejaba paso a los demás vehículos.

–Serán cabrones –masculló Armand.

Aparcó la furgoneta frente a las oficinas y echaron a correr hacia la puerta. Levantando la cazadora con los brazos en alto para guarecerse de la lluvia, Alexis corrió hacia el edificio. Arriba, en un balcón, chorreaba pegada al mástil una bandera roja y gualda. Junto a la acera, había dos tanquetas y cuatro land-rover verdes con rejillas protectoras.

Ya dentro, desde la esquina del mostrador un guardia les hizo una seña para que pasaran a una dependencia con el rótulo ATESTADOS.

El cuartucho tenía un banco de madera, una mesa, un teléfono negro y dos sillas. En un perchero colgaban algunos tricornos. Olía a humedad y a colillas a medio apagar. Desde alguna sala llegaban los golpes secos de tampones al marcar albaranes y pasaportes.

Al momento, entraron dos guardias.

—¡A ponerse en pie! —ordenó uno—. ¡A ponerse en pie! —repitió casi gritando.

El otro se entretenía leyendo los pasaportes. Los cerró y dándose golpecitos en los dedos manchados de nicotina, insistió:

—¿Qué os han dicho? De pie, coño. —Y lanzó una patada a las botas embarradas de Alexis, que se levantó, desafiante.

Al rato, salieron los dos guardias riéndose y apretándose los puños. Cerraron la puerta a sus espaldas.

—Esto no me gusta —dijo Alexis frotándose la cara enrojecida.

—Todo va bien. Aún no han metido mano en la furgoneta.

—Hay que largarse de aquí como sea.

Armand lo agarró por un brazo.

—¡Ni se te ocurra!

Al momento, el guardia sin graduación asomó por la puerta.

—¡A callarse, me cago en...!

Alexis lo escuchó sin entender, conteniéndose y con la expresión tensa.

El ring-ring del teléfono estalló en el cuartucho. Aquel guardia volvió a entrar, cogió el teléfono y dijo “Sí..., sí..., sí...”. Cuando colgó el aparato, Alexis le dio a entender con las manos entre las piernas que necesitaba orinar. Armand lo miró contrariado y le hizo un gesto inequívoco. Aprovechó un despiste del policía para ponerse un dedo en la sien en forma de pistola y amenazar a su compañero. El guardia civil sacó a Alexis al pasillo y lo acompañó hasta una puerta gris.

Generaciones de detenidos habían garabateado en las paredes del retrete frases desesperadas y desahogos obscenos: *Gora Euskadi. Que os follen, fascistas*. El papel higiénico había sido sustituido por trozos de periódico enganchados en un alambre. Desde una ventanita demasiado estrecha, Alexis vio a un policía con un arma larga acompañado de otro que sujetaba a un perro. Imposible largarse por ahí.

Al salir el mismo guardia lo acompañó por el pasillo y lo llevó a una habitación aparte, donde estuvieron alrededor de media hora.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Armand cuando regresó.

—Nada.

—¿Nada?

Alexis comprendió lo que Armand quería insinuar. Le dio un empujón con una mano.

—No soy ningún chivato ¿vale?

Del pasillo llegaban las pulsaciones de una máquina de escribir. Los pasos de gente que iba y venía. Las voces des-templadas. Una tos. El policía que había acompañado a Alexis un momento antes se asomó a la puerta.

—Todo en regla. Pueden irse —les anunció, ofreciéndoles los pasaportes.

–*Merci bien, merci beaucoup.*

Armand cogió los pasaportes con una mano y con la otra le hizo al policía un gesto servil. Salieron del edificio y se dirigieron hacia la explanada. Había dejado de llover. Subieron a la furgoneta. Ninguno de los dos se atrevía a romper el silencio. Esta vez conducía Armand. Cruzaron despacio, como si lo hicieran diariamente, primero el control español, después el control francés. En el puente sobre el río Bidasoa, Armand abrió la ventanilla y se puso a cantar bajito, o para expresar su alegría por haber salido del aprieto o para lanzarle algún mensaje cuyo significado Alexis no supo interpretar:

*Debout! Les damnés de la terre!  
Debout! Les forçats de la faim!  
La raison tonne en son cratère:  
c'est l'éruption de la fin...*

El sol comenzó a despuntar por el este. Desde allí se veía, hacia un lado, en medio del río, frondosa, la isla de los Faïsanes y la orilla de Hendaya. Hacia el otro, la desembocadura del río en el mar abierto, dibujando la ensenada de Fuenterrabía.

Alexis contempló la cinta encendida del mar, a lo lejos. Los pueblos humeantes y el verde bruñido de los montes todavía mojados por la lluvia. Siempre que veía el mar se acordaba de Geneviève, de su forma de achinar los ojos al sonreír, de su pelo y su acento. Y se acordaba de su hijo. Daba gusto acostarse junto a Geneviève cuando llovía y hacía frío. Antes, en otro tiempo, le había gustado acariciar su pelo mientras ella le sonreía y le amenazaba con cortárselo. En su último encuentro lo llevaba más corto, no mucho. Habían paseado

de la mano y ella había llorado mientras hablaban de comprarse algo allí, en Etretat, para vivir tranquilos. Al niño lo había visto sólo un par de veces, pero su existencia le hacía sentirse bien. “Pronto estaremos juntos”, se dijo.

Un rato después, él y Armand dejaron atrás el puente de Behovia, pasaron Hendaya y enfilaron la autovía. El sol brillaba en el cristal y en los campos encharcados. Una vaca pacía junto a la carretera. A lo lejos, la silueta de un caserón de piedra, a contraluz, con dos o tres árboles invernales, esquemáticos, en el filo del horizonte.

Después de subir por un camino de tierra, llegaron a ese caserón. Delante, vieron un jardín cercado por una tapia y por encima de ella las ramas de un nogal gigantesco. Alexis se bajó para abrir una cancela y volvió a subir a la furgoneta. Cruzaron el jardín y aparcaron frente a la puerta.

Con la ayuda de tres hombres, Alexis descargó las cajas en la bodega del caserón. Uno de ellos fue abriendo las cajas y comprobó la mercancía: armas cortas, varias metralletas del tipo Stem, munición y material para explosivos. Todo en regla.

Al salir, Alexis echó una ojeada a su reloj y después hacia la carretera, como si esperara algo. Vio a Armand dentro de la casa, a través de la ventana, hablando por teléfono con Roullien. Gesticulaba y asentía con la cabeza. Se miraron durante unos segundos hasta que Armand se volvió de espaldas y siguió hablando.

Contrariado, Alexis aceptó el cigarrillo que le ofrecía uno de los hombres de la casa mientras otro se encargaba de cambiar la matrícula de la furgoneta. Hacía frío.

—Roullien quiere vernos hoy en París —dijo Armand saliendo de la casa y frotándose las manos para quitarse el frío—. Arreando.

Se despidieron de los compañeros y, sin pensarlo dos veces, Alexis se dirigió hacia la puerta del conductor.

—No, conduzco yo —le dijo Armand.

Arrancaron.

Dejaron atrás la casa. Cruzaron un paso a nivel con su puente y, poco después, atravesaron un pueblo, pasando entre chalets y niños que entraban en la escuela.

A medida que se alejaban del pueblo, Armand se mostraba más y más impaciente. Se removió varias veces en su asiento, encendió un cigarrillo, lo apagó. Subía y bajaba el párpado de su ojo derecho.

Al rato Alexis se dio cuenta de que se desviaban, tomando una carreterita estrecha y mal asfaltada.

—Es más segura.

Él aceptó esa mentira mientras veía cómo la furgoneta penetraba por una espesura solitaria, llena de árboles y retamas que se poblaron de sombras.

Armand conducía con una sola mano. Con la otra, se resregó un ojo.

—Lo que hemos pasado juntos, eh, Alexis.

Por la forma en que lo dijo, Alexis supo que algo iba mal. Pensó que al fin y al cabo no podía esperarse otra cosa.

—Oye, ya me conoces, no solté nada —se defendió.

Armand permaneció un rato en silencio hasta que dijo:

—No es eso. Quieres irte y te has vuelto peligroso. Es lo que dice Roullien.

—¿Peligroso? Pero ¿y tú...?

Alexis no consiguió terminar la frase. Trataba de darse cuenta de la situación y de lo que significaban las palabras de Armand. El motor de la furgoneta emitía un sonido estable y seguro. El viejo cacharro se había portado mejor de lo que esperaban. (“¿No es cierto?”, había dicho Armand antes.)



Ahora, a su paso, se levantaban unas pocas hojas herrumbrosas que echaban a volar por el aire estremecido y limpio de la mañana.

Alexis sintió el hormigueo del miedo revolviéndole el estómago y se miró las rodillas.

—¿Quieres decir que me vais a largar? —se atrevió a preguntar.

Armand, sin dejar de fijarse en la carretera, le contestó:

—En realidad, estaba decidido. Sólo tenía que tantearte.

Sobre el salpicadero había pañuelos de papel arrugados y unas gafas de sol que resbalaban en las curvas. Alexis se fijó en eso y después calculó la distancia entre su mano y la guantera, donde creía que podía seguir su pistola. Miró a Armand y miró de nuevo hacia la guantera. Armand adivinó sus intenciones y le dirigió un gesto significativo.

—Ni se te ocurra.

Alexis reconoció que no tenía ninguna posibilidad.

—No me lo pongas más difícil —insistió Armand.

Alexis aspiró con la boca, como si le faltara el aire, y dijo:

—Vale, me hago cargo.

Después miró por la ventanilla sin atender el paisaje que la furgoneta recorría lentamente: caminos, escombros, arbustos... A veces, había pensado en cómo acabaría todo. Había visto a algunos cuya desobediencia los había condenado a una identidad falsa, a una fuga constante, para finalmente terminar con dos balas en la cabeza, en la soledad de una cuneta. Muertos estériles, muertos indescifrables, muertos tranquilos, rígidos como una esfinge. Una ola de muertos que amenazaba con llegar ahora hasta sus pies.

Entonces Alexis cambió de tono y dijo:

—¿Si te pregunto algo me vas a tomar por un idiota?

Armand parecía resignado a pasar un mal rato. Seguramente hubiera preferido que el asunto se resolviera rápido, sin palabras ni explicaciones. Pero no podía negarle una última ironía.

–Eso depende –contestó.

Alexis pensó cómo formular su pregunta para que no pareciera una debilidad.

–¿Alguna vez has pensado en la resurrección?

Armand volvió la cara bruscamente y lo miró desconcertado.

–No hace falta que pongas esa cara.

–Pero ¿tú de qué vas? ¿Es que te has vuelto cristiano también?

–Sabía que me ibas a contestar eso –dijo Alexis.

–Coño, es que hay cosas que ni se preguntan. Y menos ahora.

Alexis vio una fila de árboles chamuscados y, entre sus troncos, un muro con pintadas agresivas. Las líneas de la carretera pasaban cansadas, lentamente, una tras otra.

–Pero lo más verdadero –continuó Alexis con la mirada perdida– a veces parece mentira, ¿no te has dado cuenta? Este verano, con Geneviève, fuimos tan felices que no me lo creía.

–¡Geneviève! ¡Déjate de chorradas! –Armand cambió de marcha. Ahora conducía con los ojos fijos en la carretera–. Mira, Alexis, no me vas a ablandar. Yo cumplo órdenes.

En ese momento, Alexis cerró los ojos y esperó. Pensó en Geneviève y sintió que lo que le sucedía era inevitable y que quizás existiera un lugar fuera de este mundo donde se cumpliría todo lo que él había soñado para este mundo. El ruido del motor invitaba a la somnolencia. Quiso hacer una broma cruel para morir con algo de dignidad. Pero cambió de idea y, sin abrir los ojos, dijo:

–Bueno, a Roullien no tengo nada que reprocharle. A ti tampoco. No fue Roullien, fue nuestra época la que nos engañó.

Al poco oyó el cierre de la guantera y notó que la furgoneta se detenía. Armand lo invitó a salir.

–Vamos.

Ni siquiera valía la pena tratar de convencerlo. Conocía a Armand y sabía lo que significaba para él una orden.

Bajó de la furgoneta. Notó el viento en el rostro y la humedad de la hierba traspasando las suelas de sus botas.

–Lo siento –oyó.

Estaba cansado y volvió a cerrar los ojos. Poco a poco se fue olvidando de Armand y de su voz. De su cara. Se dejó mecer por una sucesión de imágenes. Se abandonó a ellas. El resplandor del mar y los acantilados de Etretat alisados por el oleaje. Las barcas en la orilla y el agua que lamía las rocas. Sí, estaba demasiado cansado y pensó que no se merecía un final así. Él volvía de la playa con los pantalones remangados por encima de los tobillos y con un cesto de pescados plateados y vibrantes. Oyó cómo el otro quitaba el seguro de la pistola. Oyó el lamento del viento entre los árboles. Tuvo la impresión de que ese viento, que ahora le desordenaba el pelo, se compadecía de él. Era el momento. Por encima de una azotea, al final de una calle empinada, se veían antenas y el humo de las fábricas. Geneviève tendía al sol la ropa blanca de un niño. Desde arriba lo saludó: ¡Alexis! ¡Alexis!